

Imprimir

*[Reproducimos a continuación una entrevista que realizó la revista Mediapart a Jean-Luc Mélenchon poco antes de la jornada de movilización del sábado pasado. SP]*

El gobierno espera un nuevo día de movilización masiva el sábado 24 de octubre. Un mes después del inicio del movimiento de la escuela secundaria, las reivindicaciones contra la vida cara se han sumado a la ira de la juventud para convertirse en la base de un movimiento a gran escala. El candidato de La France insoumise (LFI) en las elecciones presidenciales, Jean-Luc Mélenchon, reafirma a *Sarah Benhaïda e Ilyes Ramdani de Mediapart* su apoyo a la movilización y denuncia “el estancamiento” en el que Emmanuel Macron ha sumido al país.

Acusado por la derecha y la extrema derecha de instrumentalizar la ira, incluso de respaldar la violencia, el fundador de LFI defiende el lugar de su movimiento, en “ósmosis” con los cientos de miles de personas en lucha, y denuncia el “amateurismo” del poder tanto como la brutal represión de la que fue culpable.

“Mediapart”: ¿Qué lectura hace del momento en que vivimos? ¿Es una revuelta, un momento insurreccional?

Jean-Luc Mélenchon: Ya hemos visto en el pasado la mecánica en acción hoy. Es una crisis social que se ha convertido en una crisis política que ahora puede convertirse en una crisis de régimen. Toda la estructura política está implicada porque es incapaz de proponer una salida desde arriba a una situación de bloqueo. En el pasado, los presidentes han retrocedido cuando la situación se ha vuelto crítica: François Mitterrand en 1984, Jacques Chirac en 1986 o en 2006. Emmanuel Macron habla después de quince días de desprecio, pero no propone nada. Fue un error monumental. No dio ningún apoyo al movimiento para un compromiso. Él mismo crea el callejón sin salida.

El hecho central de este movimiento es su expansión en los sectores donde el maltrato social es mayor. La revuelta de la escuela secundaria comenzó en Mayotte, luego llegó a las Antillas y luego a los suburbios parisinos antes de llegar a los barrios centrales y a los

estudiantes. Luego, la confluencia con los sindicatos de trabajadores se hizo en la primera manifestación, lo que no tiene precedentes. El poder ha accionado tres palancas para responder: la podredumbre, la represión desproporcionada y la demonización de LFI.

Desde el principio, eligió asustar mucho con su violencia y se instaló en ese registro. Hay que temer lo peor cuando Laurent Nuñez dice “¡Tranquilo, el sábado será la firmeza! », dado el nivel de violencia represiva ya alcanzado con jóvenes heridos, mutilaciones y un muerto. Hay un empleo de personal policial que no son profesionales de este tipo de situación: la BAC [*brigada anticrimen* – *ndlr*], policía de rescate, la comisaría local. Ejemplos: este disparo a quemarropa a un joven de 17 años o esta granada arrojada desde un techo, no son comportamientos profesionales. Es el de una banda de hombres jóvenes en una pelea callejera, mal dirigidos por mandos políticos abrumados. Esto confirma lo que dije la última vez en sus columnas: el poder no controla su política.

El Presidente de la República, nos dicen, se alarmó. Sin embargo, cuando solicita la retirada de las granadas ensordecedoras, esta moratoria no dura más de veinticuatro horas. Pero aquí está: la represión desproporcionada se ha encontrado con la oposición de la sociedad. ¡Incluso entre los más partidarios de la represión, dispararle a la cara a un chaval de 17 años es algo que no se puede aceptar! La estrategia de dejar que se pudran las cosas exaspera a la gente, y la incriminación permanente de LFI ya harta. Y, además, la izquierda social ha cerrado filas. Total: cuanto más días pasen, menos opciones tendrá el poder y le quedará una sola, aceptar las reivindicaciones o irse.

El gobierno y la extrema derecha le acusan, en los medios, de instrumentalizar a los jóvenes y de incitar la violencia. ¿Qué les responde? ¿Qué lugar debe ocupar la Francia insumisa en un momento así?

¿Por qué lo habríamos hecho? ¿Qué interés tendríamos en comenzar una campaña electoral con tal nivel de tensión, con heridos e incluso un muerto? Sí, apoyamos a la juventud y sus reivindicaciones. ¿Y qué? Esta es una actividad normal para un movimiento político parlamentario. Sobre todo, hemos protegido a los jóvenes contactando con ellos,

interponiéndonos frente a la violencia cada vez que nos han pedido. De hecho, los jóvenes o sus padres nos llaman de todas partes para interponernos, para que les ayudemos a salir de los cercos policiales, para vigilar las condiciones de detención policial y para interpelar directamente al gobierno en el Parlamento.

Nuestro objetivo no es apropiarnos de un movimiento. Sabemos que es imposible. El viejo modelo de los años en que los partidos instrumentalizaban un movimiento juvenil al estilo *del Barón Negro*, ya no existe. La época en que los líderes socialistas luchaban entre sí para controlar tal o cual facción de la movilización ha terminado. El único objetivo que podemos plantearnos es ser lo bastante útiles como para que sea el propio movimiento el que se «apropie» de nosotros y nos utilice hasta el punto de hacernos suyos. Hemos teorizado esta ruptura con cincuenta años de historia de la izquierda tradicional. Nuestro objetivo no es dirigir un movimiento, sino estar en ósmosis con sus actores. Esta es nuestra línea de acción. Y es muy exigente en términos prácticos.

Precisamente, el debate sobre la prohibición de su movimiento resurge, impulsado por el presidente del Senado. Y el jueves, le convocaron a Matignon para condenar la violencia delante del resto de las formaciones políticas...

Estamos viviendo una escalada verbal que ahora escapa a los medios de comunicación y a los políticos que la han desencadenado. El momento es peligroso. Francia no tiene interés en un movimiento social que termina mal. El mundo entero nos mira. Pero el escenario de los provocadores no funciona. En todas partes, hay demócratas de todos los bandos políticos que aman a su país y se niegan a exculpar al poder macronista demonizando a LFI. En cuanto a nosotros, nos hemos convertido en una tropa endurecida. Ya hemos sufrido la emboscada del caso Deranque en Lyon, el granizo de incriminaciones con el pretexto de “apología del terrorismo” después del 7 de octubre y así sucesivamente.

Ahora, la opinión pública se ha vuelto incluso burlona frente a quienes se deshacen de todos los problemas con la excusa de que “la culpa es de Mélenchon”. Esta vez, muchos no esperaban que se diera la orden de cargar contra nosotros. Gente de todo tipo se niega a

sumarse a esa ofensiva (aunque no comparta nuestras posiciones) y nos defiende.

¿Y quién pensó que era posible ver a la izquierda tradicional unirse al movimiento juvenil después de haber visto hace tan poco su condena de las revueltas urbanas? A partir de entonces, la maniobra macronista fracasó. Todo el mundo lo sabe y lo dice: el tema no es LFI, son las reivindicaciones. Y en primer lugar, la derogación de Parcoursup, pero también el plan de 10 mil millones para las condiciones de estudio. Sin olvidar la congelación de los precios contra la vida cara. El poder ha conseguido aglutinar en su contra todos los motivos de indignación: social, humana, política y ciudadana...

La cuestión de la violencia y el saqueo ha estado en el centro del debate desde el sábado. Le han estado pidiendo durante varios días que los condene. Pero una vez condenados, ¿qué significado darles? ¿La violencia popular, los disturbios o la emoción insurreccional tienen un lugar en la larga historia de las movilizaciones sociales de izquierda?

Los insumisos no se adhieren a las estrategias de guerrilla urbana o de acoso de los “símbolos burgueses”. Pertenezco a una generación que ha visto el fracaso y ha sufrido sus consecuencias hasta el final, especialmente en América Latina. Defendemos la no violencia. No para ser más amable, sino para ser más eficiente. No caigamos nosotros también en el error de confundir brutalidad y eficacia. La revolución ciudadana de los insumisos es una revolución que uno debe poder ganar manteniendo a su hijo en brazos en la manifestación. Su victoria no consiste en un golpe de fuerza de cientos de activistas violentos, sino en la fuerza de la multitud y en la fuerza insuperable de los vínculos que la acción colectiva crea entre cientos de miles de personas. Sin embargo, la violencia introduce exactamente el efecto contrario: reduce el alcance de la participación y la implicación popular.

Tomar distancia de ciertas formas de lucha no es distanciarse de la lucha. No queremos ser una vanguardia que inyecte conciencia, consignas y objetivos de otros lugares que no sean del propio movimiento social. Nuestro papel es ponernos al servicio del movimiento, ayudarlo en las transiciones de sus fases y ser identificados como una salida política dentro de las instituciones de poder. Porque al final de la crisis del régimen, tenemos una solución pacífica

y positiva. Lo resumo: la Asamblea Constituyente y la VI República.

Esta sociedad neoliberal ejerce la violencia sobre las clases populares. Condena a los jóvenes al hambre, los empobrece y los maltrata. La mitad de las personas pobres tiene menos de 30 años. La juventud ha pasado de ser una categoría de edad a convertirse en una clase social precaria. En la década de 1980, teníamos nuestro primer trabajo estable a los 20 años; ahora a los 27. Los jóvenes conocen bien el itinerario de las obligaciones, pero no el de los derechos. Y cuando se les ofrece el derecho a la educación, se les niega el derecho a tenerla con la cruel lotería que es el Parcoursup. Hemos reducido Mayo del 68 a la generación del placer de vivir, pero la generación de hoy se está convirtiendo en la generación que padece el inconveniente de vivir en esta época. Por donde sea que se mire, solo hay discriminación. ¡Y, sin embargo, el deseo de vivir de otra manera sigue siendo más fuerte que todo lo demás!

¿Cómo caracteriza la respuesta del gobierno, cuya base fue una represión brutal de las movilizaciones?

Macron quiere dar una imagen de «firmeza» a base de gasear a la gente, provocar mutilaciones sin mostrar el menor arrepentimiento y pronunciar frases grandilocuentes. Pero estamos hablando de nuestros jóvenes que bloquean la puerta de un instituto, no de una tropa de enemigos. Y debemos constatar que ahora existe una cultura de lucha en “formato Chalecos amarillos”. Se podría adivinar que uno de los posibles escenarios sería la reanudación de un ciclo con “actos sucesivos”, sábado tras sábado. Se ha convertido en una tradición popular. Estamos ahí. Sin jefes, sin portavoces. El movimiento es una autoreproducción permanente. La prioridad del poder es impedir por todos los medios que aflore el significado político del movimiento: la condena de la política neoliberal que arruinó el sistema educativo francés. La juventud tira del hilo de una madeja emblemática.

A medida que se acercaba el 17 de octubre, todo el mundo sentía que iba a ser enorme. La fecha llevaba más de un mes presente en las redes sociales. Podíamos ver lo que nos llegaba de todas partes. La sorpresa llegó cuando la negociación sobre la organización material del

Jean-Luc Mélenchon: “El poder solo tendrá una opción, aceptar las reivindicaciones o irse”

evento, dirigida por los sindicatos de jóvenes y trabajadores, se detuvo hasta la víspera del evento. El prefecto de policía, visiblemente inexperto, o manipulador, acabó fuera del plazo por autorizar una concentración y una manifestación en la plaza de la República para llegar a la plaza de Clichy.

Se temía la plaza de Clichy: es muy estrecha y, sobre todo, dirige los desbordamientos hacia el Elíseo. Allí, era el desastre garantizado. Sin embargo, es algo antiguo como las manifestaciones en París: nunca se permite acercarse al Elíseo ni a la plaza Beauvau. Francamente, hay que ser muy aficionado para no entender lo que estaba en juego con autorizar un recorrido así. Pero ese día, el propio mando policial agravó aún más la situación al impedir, a golpe de gases lacrimógenos, el acceso al punto de partida. En total, tanto en la salida como en la llegada, el mismo mando policial provocó la formación de decenas de cortejos salvajes y forzó el caos al preferir dar caza a los manifestantes que proteger los negocios.

¿Qué hara con la policía una vez que acceda al poder? ¿Cómo ponerla al servicio de un proyecto político como el suyo?

He estado en alerta sobre la policía desde el caso Traoré. Pero la muerte de la joven Rayana, en 2022, fue para mí un clic. Un joven policía que dispara a un coche y provoca la muerte de la pasajera por la negativa del conductor a obedecer, me repugna. Si ya nadie reaccionara, habríamos cambiado de mundo. Ya no es Francia, ya no es una policía republicana, es otra cosa. Desde ese día, he cambiado. Muchos insumisos ya estaban en este estado de ánimo. Comprendimos la necesidad de refundar la policía de arriba abajo. Se ha comprometido y deshonrado tanto que será necesario refundar una autoridad completamente diferente para que sea respetada por la población.

Cuando lleguemos al poder, se reconstituirá una fuerza tranquila de proximidad. Nos aseguraremos de su formación continua. Se le ofrecerá una perspectiva de carrera e incluso de cambio de trayectoria profesional en la que será posible progresar haciendo esfuerzos de formación. Dejaremos de hacer carreras al revés, donde los más jóvenes comienzan en los

Jean-Luc Mélenchon: “El poder solo tendrá una opción, aceptar las reivindicaciones o irse”

lugares más difíciles. Lo haremos con una policía que vive con la población, mientras se mantiene a cierta distancia. Y cada uno de sus miembros será sensibilizado sobre el problema que plantea el racismo, el sexismo y la discriminación que socavan la vida colectiva en una sociedad libre. Se tomará en serio a las personas que formarán parte de la policía y se les pedirá que se tomen en serio a la población, a cuyo servicio estarán.

¿Va a abordar el tema de las armas que tiene la policía?

Sí. ¿Qué armas? ¿Para qué? Granadas ensordecedoras, aturdidoras, paralizantes o ¿qué sé yo? Hay muchos países donde no hay nada de eso. Estas armas siempre terminan siendo armas mortales. ¿Se necesitan armas para ciertas misiones policiales? Es asunto de los especialistas decirnos exactamente quién necesita qué armas, en qué circunstancias. Y es hora de tener una instancia de recurso creíble. El IGPN no lo es. En general, todos lo sabemos: la situación actual no es sostenible. Debemos y podemos hacer lo contrario para generar confianza. Los métodos para lograrlo son de una banalidad absoluta: la educación, el entrenamiento a lo largo de la vida, una doctrina de empleo de la policía que nos ahorre en la medida de lo posible el uso de la fuerza.

¿A qué puntos de referencia históricos vincula el análisis de la situación?

Hemos comparado mucho el movimiento de la escuela secundaria con Mayo del 68, pero no tiene nada que ver. Es más bien a los chalecos amarillos a los que lo asimilo: son los mismos mecanismos, la misma espontaneidad. En Mayo del 68, había muchos menos estudiantes que hoy, fue un período de ascenso social. Y había 10 millones de trabajadores en huelga, liderados por la CGT de la carta revolucionaria de Amiens y la CFDT del socialismo autogestionado. ¡Otro planeta! Los daños fueron cien veces mayores que los actuales en las calles de París.

La otra diferencia está en la respuesta: enfrente, en ese momento, estaba la autoridad de De Gaulle y un primer ministro, Georges Pompidou, que hace lo único razonable, es decir, discutir y ceder en una noche cosas increíbles como el aumento del 35% del Smig

Jean-Luc Mélenchon: “El poder solo tendrá una opción, aceptar las reivindicaciones o irse”

(antepasado del salario mínimo) y el derecho a constituir secciones sindicales en las empresas. Hoy tenemos un presidente desacreditado, al final de su carrera, que tomó la palabra para no decir nada. Y un primer ministro sin capacidad de iniciativa ni autoridad, ni en el Estado ni frente a la opinión pública. Todas las luces están en rojo.

Por último, la juventud en la calle funciona de manera diferente a la del pasado. Miles de estudiantes de secundaria contaron sin maquillar nada a sus padres la brutalidad policial. Los padres son la generación victoriosa del CPE. Y nuestra época es también la de una inversión de la prescripción social entre generaciones. Los jóvenes influyen en sus padres. Esto juega un papel enorme en el arraigue popular y familiar de la simpatía por el movimiento. Y en tiempos de actividad popular masiva, esto genera mucha organización y solidaridad espontánea.

El regreso de los toques de queda, el debate sobre el estado de emergencia, la severidad de las comparecencias inmediatas ayer... Todo esto recuerda la forma en que el Estado manejó las revueltas en Kanaky-Nueva Caledonia, las revueltas de los barrios populares y otras en el pasado. Hasta la represión colonial de los movimientos independentistas, el 17 de octubre de 1961, por ejemplo. ¿Todo es un continuo?

¿Has visto a David Lisnard que dice “No me importa, no había nacido” sobre el 17 de octubre de 1961? En este caso, ¿a quién le importan Alsacia y Lorena porque no nacimos durante la ocupación alemana? Más en serio, es una señal alarmante de indiferencia hacia la historia de su propio país. Todos los mecanismos de la represión son heredados de las luchas coloniales. El estado de emergencia se inventó para la guerra de Argelia en un momento en que confundimos al pueblo con el enemigo. Esta historia, esta comprensión, este conocimiento se ha diluido, se ha autoocultado.

Sébastien Lecornu es característico de esta amnesia. Fue quién envió recursos militares a Kanaky Nueva Caledonia, el CRS 8 a Guadalupe y Martinica. Su mentalidad es colonial frente a los sectores populares, sin siquiera darse cuenta. Nosotros, por el contrario, hemos entendido a la generación que canta *La Marseillesa* frente a los institutos como final de

Jean-Luc Mélenchon: “El poder solo tendrá una opción, aceptar las reivindicaciones o irse”

nuestras reuniones. Es la nueva Francia, la nunca vista, donde la acción comienza en Créteil y recibe el apoyo de Catho o Assas en París, que se movilizan en solidaridad con los institutos de los suburbios. Por tanto, esta relación que se ha creado entre nosotros y una gran mayoría de la población no necesita preparación alguna, ni instrumentalización, ni propaganda, ni nada por el estilo.

La estrategia de pudrición elegida por Lecornu y Macron solo produjo un resultado político: hacer coincidir el calendario del movimiento con el del presupuesto en la Asamblea Nacional. A partir de ahora, si el gobierno no sabe cómo detener el movimiento, el movimiento sabe que puede contar con una moción de censura para detener al gobierno. Porque la moción de censura es inevitable si Lecornu se niega a incluir sus reivindicaciones en el presupuesto. Solo puede ser salvado por la extrema derecha de RN. Pero para ello, es necesario, por un lado, que la demonización de LFI funcione y, por otro, que RN sea aceptado como el partido del orden mediante la fuerza. Y ampliemos también la perspectiva: ¿quiere el país infligir una derrota a su juventud y condenarla a una vida regida por Parcoursup? En definitiva, sí, este momento es fundacional a su manera.

Jean-Luc Mélenchon, Antiguo militante del PS hasta 2008, ministro de Formación Profesional en el gobierno Jospin (2000-2002), fundador y diputado de La Francia Insumisa (LFI).

Fuente:

<https://sinpermiso.info/textos/jean-luc-melenchon-el-poder-solo-tendra-una-opcion-aceptar-la-s-reivindicaciones-o-irse>

Foto tomada de:

<https://sinpermiso.info/textos/jean-luc-melenchon-el-poder-solo-tendra-una-opcion-aceptar-la-s-reivindicaciones-o-irse>